

Azabache

Llevaba sus tesoros en el changuito: libros viejos, ajenos, firmados con el nombre anterior, verdadero, de tía o mamá:

Se perdió solo aquella vez.
Azabache
en una siesta soleada.

Piensa: es un sábado o un domingo, o un día cualquiera de un verano específico. El patio de la abuela, las macetas con malvones, las cuatro cuadras a casa: todo brilla opaco en el sol de después de comer. La abuela no hace nada, ella tampoco. La invita a revolver... abren cajones, puertitas bajo llave, cofres llenos de pulseras. Encuentra la infancia de otras personas y todo huele a naftalina. Ella adora ese perfume y no ve nunca a las polillas, solo los agujeros que dejan en la ropa de lana. Cuando encuentra una de esas bolitas blancas, se la acerca a la nariz. *¡No!* La abuela le golpea la mano. *No. Dejá eso.* Y ella lo deja. *Vamos a ver los libros.* Tienen polvo, hojas amarillentas y las telas de arañas se estiran en los ángulos de los estantes. Pero son los libros de su mamá cuando no era su mamá, cuando no tenía idea de su nombre, el de la nena, y solo escribía el suyo, el propio, mil veces en los márgenes. ¿Quién va a volver a pasar por estas páginas? La nena compara la caligrafía, se ve a sí misma más caótica. *Llevá lo que quieras.* Mira los títulos en los lomos.

La llama discreto en susurros:
belleza de ébano se ve
en su frente, y no lo duda.
Intuye que se lo llevarán,
cautivada.

Se agarra casi todos los libros, muchos destartalados. Le da pena ver que los que quedan en el estante se inclinan y caen hacia un costado, solos. Intenta en vano acomodarlos. *¿Ya estás?* Se limpia las manos en el pantalón y le dice a la abuela que sí, que ya está, ¿dónde mete los libros? Acomoda todo en el changuito con el resto del botín: pulseras de plástico, aritos envueltos en servilletas, una remerita al crochet y varias monedas fuera de circulación.

Azabache parte de casa
apenas y ya está perdido.
Rebuzna, resignado casi.
Caprichosa, su nueva dueña
decreta allí su camino.

Parten, ella y la abuela, bajo el sol todavía cruel de la tarde. La señora lleva el changuito como un andador. Esquiva baldosas flojas, sube y baja del cordón de la vereda, y apoya todo su peso sobre ese carrito con ruedas como si fuera un guía. Sus pies no la sostienen como antes, pero se rehusa a usar un bastón. La nena va al lado suyo, recuenta en su mente sus tesoros: incluye ese instante.

Resplandece azabache ahí,
bajo la luz, y de tan negro
su pelaje se vuelve blanco,
como ese castaño infantil,
cobrizo.

Llegan a casa. La abuela baja las persianas que alguien insensatamente dejó abiertas. Hacia todos los cuartos se arrastró el calor. Se acomodan entonces en la penumbra, mientras se les acostumbran los ojos. La nena no espera demasiado y revuelve el chango. Falta algo. *Abuela... falta un libro.* Se desespera, no sabe por qué. *Revisá bien, debe estar todo ahí.* Los apila. La abuela no entiende y, aunque la nena piense que no le interesa, le interesa. Falta un libro. *¿cuál?* Apila a Huck Finn sobre el tío Tom, sobre las mujercitas, sobre David Copperfield, sobre la vuelta al mundo en no sé cuántos días. Falta Azabache.

Está perdido Azabache
y sabe que vuelven ya por él
pero duda, ¿cómo hacerse ver?
Como animal es grande, no así
como libro, sigue pequeño
casi discreto aunque de lomo
rojo.

Deciden volver sobre sus pasos, las dos. En realidad, la abuela la sigue. No es que le quede otra opción. Resignada y entusiasta, se apura a rezarle a su santo de las cosas perdidas. La nena imagina el libro rojo sobre la vereda desierta. Sabe dónde debe estar, porque, ¿quién se lleva lo que no es suyo? Bueno, tal vez. ¿Pero quién se lleva un libro? Camina las cuatro cuadras de sol.

Lo sabía que a él no lo ven:
es una derrota distinta.
Será mascota, algún lugar
tendrá entre historias extrañas,
en estantes de dueños nuevos.

Para la nena, será otro libro que no leerá jamás. Pero, como no sabe cuántos tampoco leerá jamás, intuye temprano el vacío en su biblioteca. Profetiza la historia que le falta. No sabe todavía que no es importante. Piensa solo en que perdió un libro, ella, tan cuidadosa. Tendrá que inventarse ahora un derrotero, un final tal vez feliz para el animal que le quedó perdido.